

Una dualidad imposible: católico v. ciudadano

MODERNISMO POLITICO denominó el Papa XI un error, que viene alcanzando peligrosa difusión en nuestros días y tiene tristes aplicaciones cotidianas en la vida pública de muchos venezolanos que se irritan de que se les niegue el título de católicos, aunque actúen descaradamente como perfectos agnósticos y aun materialistas ateos.

Pío X condenó en la Encíclica "Pascendi dominici gregis", 8 de Setiembre de 1907, la siguiente proposición:

"El Estado y la Iglesia, por tener diverso fin —espiritual y temporal— deben separarse en absoluto. Como también el católico y el ciudadano. De donde se deduce que cualquier católico, en cuanto ciudadano, tiene el derecho y aun el deber de buscar el bien del Estado, sin contar para nada con la autoridad eclesiástica, sin tener en cuenta sus descos, consejos y preceptos y aun despreciando sus castigos".

En las propagandas electorales de los últimos dos años y en la actuación de la Asamblea Constituyente hemos conocido hombres que han afirmado que debe eliminarse todo influjo de la religión en la política; que la religión es un asunto individual, un sentimiento íntimo... Hemos conocido hombres que proclaman ser católicos, que confiesan y comulgan una vez por año, que se glorían de celebrar el matrimonio católico, sin que todo ello les impida declararse en el Parlamento en abierta contradicción con las Encíclicas Pontificias y los dictámenes de la Jerarquía católica nacional.

Será difícil el señalar la íntima raíz de estos errores prácticos en muchos de los actuantes en la vida política, auténticos y ligerísimos dilettantes tanto en sus ideas como en sus actos. Viejos y arraigados resabios liberales, desordenadas lecturas, nunca digeridas, de nebulosos autores agnósticos, actitudes despectivas ante el clero por tradiciones formadas ante deficiencias de algunos eclesiásticos, forman sin duda parte de su base.

La verdadera raíz del error.

Pero la verdadera raíz de este imposible dualismo del ciudadano y el católico está en la concepción agnóstica-modernista de la religión.

Para el modernista la religión es un sentimiento vital del hombre. Un sentimiento o sentimiento, como pudiera ser el sentimiento de compasión o el sentido estético. Espontáneamente el hombre siente la apetencia de lo divino y lo crea. Crea la idea de Dios, los símbolos o dogmas, el culto, la moral... Toda la religión es, por lo tanto, no una realidad que suponga objetividades exteriores al hombre, sino productos personales, que esa apetencia de lo divino hace surgir de la subconsciencia convirtiéndose después en ideas, que estudia y elabora la inteligencia.

Esta concepción de la religión niega en consecuencia, la existencia de un Dios objetivo y real, distinto del propio yo; niega o desconoce la existencia del alma espiritual, libre e inmortal; niega la prevaricación del primer hombre y todo pecado; niega la encarnación de Verbo y la revelación divina.

Todas las religiones serían, pues, igualmente buenas. La Iglesia no pasaría de ser un fruto de una conciencia o experiencia religiosa colectiva. Un grupo de individuos que coinciden en un mismo sentimiento religioso forman una sociedad.

Esta nebulosa y cómoda concepción de la religión —sentimiento íntimo, asunto individual— es hija del agnosticismo y, en realidad, una forma velada de ateísmo, perfectamente refida con la diáfana, contundente y varonil doctrina religiosa del catolicismo. Está explícitamente condenada en la misma Encíclica *Pascendi*.

La concepción cristiana de la vida.

El católico sabe que existe un Dios verdadero, creador, providente, remunerador, justo y omnipotente. Sabe que existe un alma en cada hombre: alma espiritual, inmortal, libre y responsable. Sabe que carga con las consecuencias del pecado original; que el Verbo se hizo hombre para redimirnos; que hay un decálogo que cumplir; una vida inmortal que conquistar.

El catolicismo es una filosofía integral de la vida, que informa todos los actos del hombre, los que ejecuta como individuo y como miembro de la sociedad; y sabe que esa misma sociedad, compuesta de hombres todos igualmente responsables ante Dios, tiene el deber de rendir homenaje socialmente al Supremo Hacedor.

Consecuencias del error agnóstico

Si la religión es un sentimiento íntimo del hombre, emanado del subconciente por una innata apatencia de lo divino; si la religión es una creación de la conciencia individual; si todas las religiones son buenas aunque sean entre sí contradictorias, ya que satisfacen exigencias individuales, sin objetividades externas que les correnpondan; si la Iglesia no es más que una consecuencia de ese sentimiento, en que coinciden un grupo de individuos, se comprende perfectamente que la religión, la fe, la Iglesia sean fenómenos de un orden íntimo privado, a los que no se concede beligerancia en el orden social, en el gobierno de las sociedades. Son asunto personal que respeta el Estado, pero cuyo influjo de orden espiritual no debe extenderse al orden temporal.

Se comprende, en consecuencia, la separación absoluta de esos dos órdenes y el perfecto divorcio de Iglesia y el Estado; de la ciencia y de la fe; y, en cada individuo, del ciudadano y del hombre religioso.

El verdadero católico, el mejor ciudadano.

Las consecuencias de la concepción cristiana de la vida son absolutamente opuestas.

En el hombre el cuerpo y el espíritu son una perfecta unidad. El hombre entero es de Dios; y lo es la sociedad; compuesta de hombres racionales hijos de Dios y destinados a la inmortalidad.

La fe cristiana no es solamente un asunto individual; informa toda la vida del hombre; todos sus actos; toda su vida está regulada por la voluntad de Dios, expresada en sus mandamientos. Para el cristiano nada es bueno, si está en pugna con esos mandamientos de Dios; y no hay bien posible del Estado que no sea al mismo tiempo el bien de su conciencia, el bien universal, la voluntad de Dios.

Y porque el bien absoluto, es decir la voluntad de Dios, es el bien del individuo, de la familia, de la sociedad sin choques posibles cuando se trata del verdadero bien, resulta que el cristiano más sincero, el católico mejor es al mismo tiempo el mejor patriota, el soldado más heroico, el administrador más incorruptible, el ciudadano mejor cumplidor de las leyes, por imperativo de su conciencia y las leyes son la expresión de la voluntad de Dios.

Nunca filosofías agnósticas harán ciudadanos heroicos, porque ante los egoísmos y ante las dificultades no cuentan con base espiritual para el cumplimiento de los deberes difíciles:

El cristiano sincero, el católico integral será el mejor ciudadano.

La verdad del fingido dualismo.

Pero la verdad del fingido dualismo, que hemos tratado de analizar, es mucho más sencilla en nuestra vida pública. No hay por qué avanzar a sutiles teorías agnósticas.

Se trata en la mayoría de los casos, de una mal disimulada hipocresía. Se proclama el respeto a la religión por no ofender agresivamente a la gran masa del pueblo creyente. Pero se quiere, en sinceridad, desterrar a Cristo de toda la vida pública y aun de las conciencias individuales. No se disimula ya en los programas educacionales la preferencia por la coeducación y otras teorías anticristianas; se impide, en mil formas la enseñanza de la religión en las escuelas; y, para más patente demostración, una Asamblea legislativa regional prohíbe la exhibición del Crucifijo en los edificios públicos.

No lograrán sin embargo raer el nombre de Cristo de la vida pública ni de la vida privada de nuestro pueblo. Tendrán que confesar con el suicida nazi, criminal de guerra, que trataron de desterrar a Cristo del mundo y han sido vencidos.

No estará de más recordar aquí los inspirados párrafos de Papini en el prólogo de su famosa "Vida de Cristo":

"...Cristo no ha sido expulsado de la tierra. Su memoria se encuentra en todas partes. En las paredes de las Iglesias y de las escuelas, en la cúspide de los campanarios y en las cimas de los montes, en los nichos de las calles a la cabecera de los lechos y sobre las tumbas, millones de cruces recuerdan la muerte del Crucificado. Raspad los frescos de las iglesias, removed los cuadros de los altares y de las casas; con todo la vida de Cristo llena los museos y las galerías. Arrojad al fuego los misales, los breviarios, los eucologios y hallaréis lo mismo su nombre y sus palabras en todos los libros de las literaturas. Hasta la blasfemia es un involuntario recuerdo de su presencia.

Vivimos la era cristiana. Y ésta no ha terminado. Para comprender este mundo nuestro y nuestra vida, para comprendernos a nosotros mismos, hay que referirse a El"...

Los enemigos de Cristo —llámense o no, católicos por conveniencia —no construirán nada positivo sin Cristo, sin el cristianismo integral, sin su moral, sin el riego fecundo de su doctrina de justicia y de amor.

Si queremos una patria mejor, hagamos mejores católicos.

Mejor dicho, eduquemos católicos sinceros, que serán los mejores ciudadanos.

Caracas. Febrero, 1948.

Manuel Aguirre Elorriaga S. J.

